

# Medalla de bronce en violencia

Caracas está considerada la tercera ciudad más violenta de América Latina y la dinámica cotidiana parece demostrar que vamos en camino ascendente. Los lunes, cuando leemos en los periódicos las cifras oficiales acerca de las muertes violentas, sentimos preocupación y nos preguntamos ¿a dónde vamos? ¿cuál es la salida adecuada a este problema? Lo dramático de esta realidad lleva a algunos a plantearse falsos caminos, a muchos a acostumbrarse y a otros a preocuparse realmente por vislumbrar salidas más a largo plazo, sistemáticas, que logren revertir la espiral de violencia en la que estamos inmersos. No queremos seguir siendo "medalla de bronce en violencia" ¿Qué podemos hacer?

## La vida sobre el tapete

El viernes, 28 de enero, a las 5:30 de la tarde, en las instalaciones del Instituto Universitario Jesús Obrero, una bala perdida arrebató la vida del estudiante Williams Punte. El joven era habitante del barrio Las Casitas de La Vega y egresado del Liceo Andy Aparicio de Fe y Alegría.

Un segundo bastó para cegar la vida de Willi. Él participaba de un receso de 5 minutos y se encontraba junto con sus compañeros conversando en el pasillo del tercer piso, cuando una bala perdida chocó contra la pared y, de rebote, le perforó el ojo, incrustándosele en el cerebro. La muerte de Williams Punte fue prácticamente instantánea. Se apagaron sus sueños.

Ante el hecho, hubo muchas reacciones: llanto, carreras, preguntas, todo permeado por los nervios y el miedo. Una hora después, un silencio espeso, de impotente luto, invadió los patios y pasillos del Instituto Universitario Jesús Obrero. "¿Qué podemos hacer ante tanta violencia, hoy fue Williams, mañana puedes ser tú o yo?" comentaban algunos estudiantes.

Aún no había transcurrido 24 horas del asesinato de Williams, cuando el sábado 29, en el barrio Altavista, otro estudiante de Fe y Alegría, corría la misma suerte. El joven se llamaba Carlos Barrios, acababa de presentar la prueba de aptitud académica, y a plena luz del día, un delincuente le quitó la vida para robarle la moto que conducía. Carlos se quedó en el camino, se esfumaron sus sueños de universidad.

El lunes 30, los periódicos presentaban el alarmante dato de "49 muertes violentas durante el fin de semana en Caracas". Este mismo día en la tarde, en el patio del Jesús Obrero, después de la misa por el descanso de Williams, sus compañeros organizaron un acto simbólico llamado el "pupitrado" que sirvió como catarsis colectiva, en la que expresaron su dolor, su rabia y su impotencia. En medio del emotivo "pupitrado" alguien preguntó ¿de dónde vino la bala? La respuesta fue cortante: "de la violencia".

Lo terrible de todo es que estos hechos no son aislados y ya se han convertido en algo "normal". Con razón, en un estudio sobre la violencia en América Latina realizado en 1998, Caracas aparece como la tercera ciudad más violenta, debajo de San Salvador y Medellín y por encima de Río de Janeiro y Bogotá. ¡Qué ironía!, medalla de bronce en violencia. Peor aún, según datos publicados el lunes 7 de enero en el diario El Universal, Caracas aparece como la sexta ciudad más violenta del mundo. ¿Adónde vamos?

Una medalla de bronce que no queremos pero que tenemos que aceptar y reflexionar para poder superarnos como sociedad. Un tercer lugar irónico porque las otras dos ciudades, San Salvador y Medellín, pertenecen a países que han vivido prolongadas guerras civiles y la experiencia histórica confirma que, después de una guerra civil, la anarquía, la descom-

posición social y la violencia directa suelen ser más intensas. En el caso de Colombia la guerra continúa, sumándosele la complejidad del paramilitarismo y el narcotráfico de la que Medellín ha sido punto focal. Nuestro país, en cambio, ha gozado en este siglo de una relativa estabilidad económica y política, suficientes como para haber asentado las bases de una paz social duradera. El Estado venezolano ha sido poderoso, centralizador, capaz de controlar la guerrilla en la década de los 70 y de acallar dos intentos de golpes los 90. Cabe preguntarse ¿No hay capacidad para controlar la violencia callejera? ¿será que no hay voluntad política real? ¿qué pasa con los Cuerpos Policiales? ¿de dónde vienen las armas? No cabe duda que la violencia callejera refleja un problema estructural mucho más agudo que el representado por la guerrilla o por un intento de golpe. Un Estado que no es capaz de garantizar la paz social y el derecho a la vida digna del ciudadano, dentro del marco legal y respetando los derechos humanos, es un Estado que está en los límites de perder su razón, su esencia.

## Los falsos caminos

Los ciudadanos están perdiendo los espacios comunes de esparcimiento, recreación, trabajo y educación, e inclusive los privados, pues muchos viven la angustia de sentirse amenazados e inseguros en su propia casa. Esta situación les lleva a proponer atajos y falsos caminos que, en vez de solucionar radicalmente el problema, lo agudizan.

*La xenofobia.* Algunos llegan a pensar que la violencia es originada por los inmigrantes pobres que viven en la ilegalidad. En concreto colombianos, haitianos, dominicanos, guyaneses y ecuatorianos. Quienes así piensan, ven como solución del problema la deportación de los ilegales y la res-

**Un Estado que no es capaz  
de garantizar la paz social  
y el derecho a la vida digna  
del ciudadano, dentro del  
marco legal y respetando los  
derechos humanos, es  
un Estado que está en los  
límites de perder su razón,  
su esencia.**

tricción casi absoluta para acoger a nuestros hermanos. Como infeliz memoria, recordemos la cartilla del movimiento "Luces contra el Hampa" y el "catecismo" del ex ministro del Interior, Ramón Escobar Salón.

*La barriofobia.* Consiste en pensar que la raíz de todos los males es el habitante del barrio y que el barrio es una amenaza constante para la vida del "ciudadano". Es doloroso decirlo, pero en el tiempo de la catástrofe, algunos llegaron a pensar y a comentar "es hora de sacar a toda esa gente de los barrios para que se acabe tanta violencia". Es verdad que nuestros barrios son violentos, pero quienes ejercen la violencia en el barrio son una minoría, mientras la mayoría padece, se angustia y desea vivir en paz. Quienes experimentan la barriofobia, consideran que son necesarios los operativos y la represión policial en las zonas populares. Esta percepción no sólo es externa, es también asumida por sujetos concretos que habitan en el barrio.

*La pena de muerte y los linchamientos.* Quienes así piensan están convencidos de que el temor a la máxima pena puede encausar a los violentos a tomar conciencia de la necesidad de respetar las normas de convivencia social. La experiencia demuestra lo contrario, pues el peligro de la pena de muerte es excitante, emocionante y termina siendo un desafío para el violento, mas aún en estos tiempos posmodernos donde la "felicidad" esta ligada a las emociones intensas y de alto riesgo. Además, la pena de muerte sería un retroceso jurídico y ético. En este mismo horizonte, los linchamientos, llevados a cabo por grupos de autodefensas y comunidades desbocadas, se sitúan dentro del límite de lo privado, se autoexcluyen de toda normativa y terminan dando origen a escuadrones de la muerte y grupos de mercenarios que saldan cuentas al margen del Estado. Esto es

un riesgo real. Es tal la desesperación y angustia en la que se vive, que estas medidas gozan de gran popularidad, no sólo entre la gente de la ciudad, sino también entre los habitantes de nuestros barrios, quienes padecen cotidianamente el problema.

No cabe duda que en el fondo de estos planteamientos está la incapacidad de aceptar nuestra realidad, de tomar conciencia de que algo anda mal al interno de nuestro cuerpo social, que el problema es más estructural, que tenemos que reestructurar el entramado de relaciones y definir claramente en la práctica los roles, tanto de la Sociedad Civil como del Estado y sus instituciones. El Estado tiene que tomar medidas lo antes posible para ir paulatinamente mejorando la calidad de vida del venezolano. Sin duda alguna que el desempleo juvenil, la falta de vivienda con el consiguiente hacinamiento, la pérdida progresiva del interés al estudio reflejada en la pregunta ¿para qué estudiar?, la corrupción de los cuerpos policiales; todo estos son ingredientes que originan una atmósfera de frustración individual y colectiva activadora de la violencia.

La salida al problema de la violencia social es a largo plazo y requiere de una voluntad política firme y sistemática. En el conjunto de medidas que se tienen que tomar, hay medidas urgentes, como por ejemplo el saneamiento de los cuerpos policiales. Sanear el sistema judicial y no sanear la policía es, si se quiere, otro atajo o peor aún, un camino ciego. Si no se toman medidas, seguiremos exhibiendo " la medalla de bronce en violencia".

**A modo de conclusión**

Creo que es conveniente hacer ensayos concretos de pacificación, que puedan ser universalizables. El criterio fundamental sería el respeto a los derechos humanos y el respeto a los parámetros de legalidad vigente. Aunque el responsable último tiene que ser el Estado, como garante de la paz y seguridad social, éste tiene que actuar en co-responsabilidad con las organizaciones de la sociedad civil. Así como en la rehabilitación y reconstrucción de los barrios se están haciendo algunos ensayos utilizando el esquema organizativo de "Consorcio", pienso que una alternativa para la superación de la violencia ha de inscribirse también dentro de esta lógica. Esta propuesta exige un saneamiento y una re-definición de la policía. En este esquema la policía recuperaría su función de servidora y custodia de la seguridad social y la comunidad organizada velaría para que la policía no descuide ni pervierta su rol. Esta relación entre la comunidad y la policía estaría mediada por la ley. Sé que el problema es mucho más complejo y estructural, hay muchas otras variables en juego que tocan la calidad de vida, pero por algo tenemos que comenzar para dejar de ser medalla de bronce en violencia. Ser o no ser medalla de bronce es un problema de Estado.

**ALFREDO INFANTE**

Jesuita, miembro del Servicio Jesuita a los Refugiados

